La Novela Exquisita

1

232722



LA OREJA DE ORO

POR JUAN G OLMEDILLA

60

1

232722

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LA OREJA DE ORO

47/1505623

: : Administración : :
Alcalá, 177, Madrid



R. 3229 231

LA NOVELA EXQVISITA

En el número próximo publicaremos una novela titulada

La prima Amelia

por

Luis Elías Cabanzón

ILUSTRACIONES DE ZALA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Mosquetas..., nardos... y jazmines!... ¡A las buenas plantas de sombra!...

En el ala lenta del viento, el pregón del florero se extiende, fresco y lánguido, por la amplitud blanca y silenciosa de la calle de Santa Clara. Su tonada, de canto llano, se arrastra, perezosa y alegre, por las fachadas—blancas de cal de Morón—de las viviendas cerradas al fuego de la tarde; lame los muros, fíltrase por entre las verdes tablillas de las celosías pérsicas, escala las azoteas—esos jardines que Sevilla ofrece, con las manos en alto, al cielo—y por balcones y ventanas, por la entreabierta puerta de los zaguanes, por el rectángulo del patio, que cubre la lona del toldo, el pregón de flores invade las casas de la ciudad como un jovial alerta. ¡Es la hora voluptuosa del desperezo, mujeres sevillanas que dormís la siesta con el mismo dulce abandono con que vuestras flores dejan fluir en el aire su aroma!

En la casa, ancha y sosegada de Rafael Escacena, el torero famoso, entran a un tiempo la oleada musical del pregón y una mujer de ágil planta y elegante ademán, algo extraña. A la luz verdiáurea del patio, junto a la cancela que separa éste del zaguán, admiremos su cara inquietante. Piel

dorada, óvalo sutil, labios naturalmente conformados como un corazón de baraja, ojos glaucos—de mar, de miel, de fuego—bajo oblicuas cejas de fino trazo y sobre una aprensión de violetas que se hace lumbre cálida y fresca—como de fruta—en los pómulos. El rostro entero de esta mujer parece abrasado en las llamaradas últimas de una dulce fiebre que le subiese de la entraña. Hasta su cabellera, de un rojo cúprico manchado a trozos con reflejos metálicos, da a su cabeza estricta, sobre el cuerpo espigado y esbelto, un aire atrayente y peligroso de antorcha que anduviese.

El doble golpe de timbre, con amplia y grave resonancia, la anuncia.

—¡Ivó!—responde en apagado grito de salutación cariciosa una rasgada voz andaluza.

—¿Eres tú, Ara?... ¿Cómo se levanta a abrirme la comodona?—saluda a su vez la visita con voz clara y aguda de francesa *du Midi*.

—Es que estoy casi sola. Robledo, en el lavadero, y el tumbón de don Pacorro durmiendo su siestecita.

—¡Tanto mejor, hija! Así como así, hace cuatro meses que nos dimos el abrazo de despedida. Y vengo...

—Sí, sí... Ya te veo. Más guapa y más joven que nunca. En cambio, yo...

—¿Tú? ¿Qué tienes tú? ¿Qué le pasa a mi niña?

Ha vuelto a cerrarse la cancela de historiados herrajes. Tras el amplio biombo—cuatro lienzos verticales, en los que Romero de Torres ha simbolizado la "malagueña", la "solear", la "seguiriya" y la "saeta"—las dos mujeres se recatan de toda inoportuna mirada transeunte.

Ara—Araceli Ortega en su remoto y fugaz tránsito por algunos escenarios extranjeros; "la Araceli" en su mocedad perdidosa; "Araceli del Gran Poder" hace dos temporadas, cuando su amante con fueros de marido, Rafael Escacena, era llamado aún en toda España "El Niño del Gran Poder"; "Ara", sencillamente, en la dulce intimidad de la recién llegada—ha vuelto a tumbarse, lánguida como siempre, en "su mecedora", la que ella sola ocupa, junto a la palmera enana que preside el patio marmóreo y protege como una campana el badajo de luz musical y perenne que hace el chorro del agua en la fuente, corazón insomne de la casa.

Ivó—Ivonne Marvis en todos los variados trances de su vida de soltera, hasta los treinta y dos años; madame Denis de Tharbes desde que casó, hace dos años, con un francés, consignatario de buques en Sevilla; "Ivó" en los perezosos brazos de Araceli—se ha sentado sobre la falda de su amiga sin deshacer todavía el abrazo con que la saludara después de sus cuatro meses de veraneo.

—¿Qué tienes tú? ¿Qué penas puede tener mi niña cuando yo he regresado?—torna a preguntarle, con pueril ternura, entre besos que estampa al azar en su cara de nardos, en sus ojos de anchos párpados bajos, en su pelo de endrina con ráfagas de azul nocturno.

—No me beses, Ivó, no me beses... No es contra ti, bien lo sabes. Pero ¡estoy tan disgustada, tan triste!...

—¿Estás triste y quieres que yo no te bese? ¿Quién podrá quitarte esa tristeza si no es Ivonne, tu Ivonne, tu mejor amiga?

—¡Déjame, déjame! Oye primero lo que me pasa, y bésame después...

—¡Después, no! Lo primero es volver a ver que me sonríen alegres esos ojos, que brilla la risa en esa boca, que estás contenta, "por-que yo he ve-ni-do".

Y la francesa, con decisión que delata su costumbre de dominar suavemente a la andaluza, le rodea la cintura con un

brazo, aventura el otro por el fresco vado del escote hasta hacerla su prisionera y, acercándole los labios al rostro para hablar y escuchar con todo su ser, la mira con ávida e intensa mirada de interrogación. Luego dice:

—Creía que el mundo se me caía encima lejos de ti... Ya estamos juntas, juntas otra vez. Ahora, habla; cuéntame cuanto te ocurra, cualquier cosa, por pequeña que sea. Sabes que yo por ti lo alcanzo todo. ¡Me tienes a mí para defenderte, para disipar tus penas, para lograrte cuanto tú, por más débil, no tienes fuerzas para alcanzar!... Habla.

Araceli no responde. Clava a su vez los acerados ojos gachones en los inquietantes de su amiga, le enlaza los túrgidos brazos a la nuca y, retrepándose un poco antes de buscar el beso que ya derrama su perfume en la boca de la francesa —como si con esta actitud quisiera, retardándolo, hacerlo más sabrosamente dramático—se estruja contra Ivonne en un abrazo sollozante. Durante el largo beso desfalleciente el cuerpo entero de la andaluza, blanco y ardoroso, como amasado de suprema molicie y de fuego, se estremece contra la gracia ondulante, envolvente, agotadora, del cuerpo amigo. El moño, negro como la endrina, que agitana la nuca de nieve, se deshace sobre la blancura de la espalda en una espesa espiral de ébano, como la cola lustrosa y airosa de una jaca de lujo. Y en el temblor del abrazo, los zarcillos de coral fingen una mancha de sangre que resbalara sobre la tersura de los hombros marmóreos.

El beso es largo; el abrazo, estrecho, como de seres muy queridos que han estado separados mucho tiempo y que al reunirse sienten un ansia oscura y magnífica de fundir en una sola caricia cuanto quisieran decirse. Cuando, suavemente, en una lenta reacción, Araceli aparta de sí a la amiga francesa, ésta ya no es dueña de contenerse. Diríase que se ha revelado en ella una viril voluntad de posesión. Estrella uno, dos, cien besos contra los anchos párpados, contra la frente que la desgana frunce, contra las aletas de la nariz—griega o gitana por la finura de su trazo—, contra las mejillas de rosa encendida, contra la comisura sexual de la boca de Araceli, contra su garganta desmadejada en un escorzo esquivo.

En el mudo combate entablado, Araceli no hace sino apartar con tenacidad lánguida, no hostil, pero decidida, los asaltos de Ivonne. Pero a cada nueva tenue repulsa, Ivonne se excita más y redobla su brío en la acometida. Ivonne insiste jovialmente en su ataque, sin plegar en el más leve mohín de enfado la sonrisa jubilosa que ilumina su cara, como en un presentimiento instintivo de un placer inmediato:

—Ahora, ahora mismo, Ara...

—No, vida, no. Hoy será todo en balde... ¡No sabes tú!... ¡Tengo un sentimiento! ¡Mírala! ¿Y no me haces caso? ¡Egoísta!...

—Egoísta, no. ¿No soy yo quien más te quiere? Mi egoísmo es cariño, amor. Sé que todos tus males se curan en brazos de tu amiga, de tu Ivó... Anda...

—Esta pena mía no tiene alivio. Porque nadie me la causa, nadie habrá que me la cure, sino es Aquél...

Y los hermosos ojos de "la mujer" de Rafael Escacena se vuelven, casi entre lágrimas—en una actitud digna de una Piedad de algún imaginero sevillano—hacia el retablo de azulejos que sobre el muro medianero del patio copia en cerámica policromada de Triana la imagen de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder.

—Ese, ése, *nuestro padrino* es quien únicamente puede salvarnos...

Es, en efecto, el Nazareno famoso que creara la gubia de Martínez Montañés, más que el Padre, el padrino del ho-

gar de Araceli. El mismo día que Rafael recibió las aguas bautismales fué puesto bajo su protección ilimitada. Los padres del torero—vecinos como éste más tarde del barrio de San Lorenzo—llevároníe de la pila a la hornacina donde legiones de devotos humillan la frente para depositar un beso en el talón del Señor. Ella misma, Araceli, cuando no era ni siquiera una mujer, sino una arrapieza de arrabal, vió cambiarse su sino miserable ante la imagen venerable. La esperaban las casas de servir, las galerías trepidantes y aniquiladoras de alguna fábrica o los prostíbulos de la calle de la Pasión y las sombras del muelle a orillas del Guadalquivir... Bastó, sin embargo, que chiquilla quinceabrileña y desarrapada cantase entre la densa multitud ferviente una desgarrada "saeta" la noche de Viernes Santo, cuando el Señor del Gran Poder salía, sobre las ricas andas, de la iglesia de San Lorenzo, para que el nombre ignorado de Araceli se trocase en el blasón de una fama prematura, trampolín desde el que la mocita saltó a la gran vida, turbulenta y brillante de risas, de lentejuelas y también de lágrimas de los café-conciertos, los escenarios y las juergas... Luego, pasados diez años—ella sola y su amiga Ivó sabían cómo—fué otra "saeta" ofrecida por su boca de pecadora a la misma imagen y en el mismo lugar, la ocasión de su ventura presente. Rafael era entonces "Rafaelillo", el novillero en auge que daba envidia, por sus contratos y por su nombradía, a muchos matadores de toros. Ella, la cantaora castiza que había corrido mundo, y cosechado aplausos, y provocado escandalosas pasiones, y ganado y derrochado el dinero como derrochaba la sal de su garbo, sin tasa. "El Señor del Gran Poder me trae mi suerte—se dijo al ser solicitada por el torerito, Araceli—, y no será yo quien malbarate esta fortuna de haber encontrado un hombre que me gusta, que me quiere y que apalea la plata." Supo resistirse como la más honesta de las mujeres. Pero cuando Rafael logró interesar al público, llevándole a los entusiasmos que le granjearon sus grandes fanenas durante la temporada de la alternativa, y sólo cuando "El Niño" compró y puso a nombre de ella la casa de más precio y más viejo abolengo de la calle de Santa Clara, Araceli se le rindió con armas y bagaje. A la figura del Señor—reproducida en el patio castizo y fresco, en el testero principal del comedor, en el despacho, en el dormitorio de la pareja—acudía la hermosa a impetrar "buenos toros" para su Rafael las tardes de corrida. Y ante el Señor oraba el diestro en acción de gracias cada vez que regresaba sano y salvo. ¿A quién sino a El iba a volver ahora sus bellos ojos negros Araceli en demanda del divino favor de su omnipotencia?

Otros, sin embargo, son los dioses lares, mejor aún, los demonios familiares de Ivonne. Así, mientras que su amiga pide al Todopoderoso piedad con la mirada para sus tribulaciones, la francesa—acuciada por los satirillos invisibles, pero también omnipotentes del Deseo—sigue abrazada al cuerpo indefenso, como entregado por dejadez en un delicioso abandono. Esta negligencia de la andaluza ha aflojado los cordones de su bata blanca moteada de rojo y vaporosa de faralaes y volantes, como sus antiguos trajes de cantaora flamenca... Ivonne vuelve a ver, merced a ello—¡después de cuatro meses de ausencia!—los pechos blancos y soberbios, los muslos poderosos y suaves, las piernas de impecable línea. Y su admiración por la belleza de la amiga íntima la arrastra, insconsciente ya, a la dulce locura de los besos no correspondidos, como otorgados en tropel, trémulos, humillados y ansiosos de darse sin recibir otros en cambio, sobre las copas nevadas del seno, sobre las columnas turgentes que sostienen el negro altar de los más gratos sacrificios, sobre

el altar mismo de los placeres... Cuando la boca voraz llega al gracioso nido, triunfador en su invasión, y afinca allí con tenacidad inesquivable, Araceli, estremecida, aparta la corvina mirada del retablo de azulejos y suspira, en un susurro de paloma derrotada por el poderío del macho en celo:

—Pero ¡por Dios, vida mía! ¡Si yo no quería ahora! ¡Si es que tengo una pena!...

Las dos amigas se han incorporado a un tiempo. La andaluza, casi desnuda y casi desmayada, ya no suplica sino un poco de ternura, de más ternura, a la francesa. Los ojos glaucos de ésta brillan con la pasajera fiebre inequívoca del divino instante... Enlaza Ivonne a Araceli por la desmadejada cintura y la arrastra con suave inpaciencia hacia el interior de la casa en silencio.

—Tontina, tontina mía. Vamos a tu alcoba, a tu alcoba... Déjame quererte, y luego, ¿sabes, mi vida?, *luego* me lo contarás todo.

Queda desierto el patio. Por entre la verde baranda de la azotea y el toldo desciende como un aroma de luz el resol inefable del "veranillo del membrillo". El glu-glu de la fuente es como el bordoneo de una guitarra mora para la copla de achaires y celos que Robledo, la criada, echa a volar al azul de la tarde desde el alto lavadero.

II

Ivonne y Araceli son ya antiguas amigas, a pesar de su juventud. Si pudiera, si fuera cortés hablar exactamente de cualquera edad femenina, sería fácil determinar, por la trayectoria de su vida, la edad concreta de Araceli. Pero... no es cortés y hay que acatar y aun adoptar para el cómputo el mismo sistema de vaguedad que ellas usan. Araceli tiene más de los veinticinco; hace cuatro que vive con Rafael Escacena y ya al conocerle llevaba sobre su hermosa juventud el peso amable y espinoso—como un brazado de rosas silvestres—de una década de recuerdos recolectados en Sevilla, en Madrid, en Barcelona... y también en Italia y en Francia. El frescor atrayente de su belleza no permite pensar que Araceli haya cumplido, ni mucho menos, los treinta años.

La francesa es ya otra cosa en esto de la edad..., como francesa típica. No sorprendería a nadie si, de pronto, probara documentalmente que había cumplido los cuarenta años. Mas tampoco se le negaría crédito si asegurara que tenía sólo veinticinco "muy vividos".

La amistad que une a ambas mujeres data, desde luego, de la verdadera, de la auténtica juventud de una y otra. La época más azarosa y desorbitada de entrambas existencias. Araceli había corrido ya lo suyo, con próspera y adversa fortuna, como casi todas las mujeres que hacen su hogar del mundo entero. Ivonne, cuando encontró un corazón fraterno en Araceli, no habría podido detallar a ésta, paso a paso, las incidencias de su vivir pretérito. La maraña de sus recuerdos era de todo punto inextricable. Todas las posiciones sociales permitidas a una aventurera, todas las profesiones que pueden ejercerse bajo la protección del Azar, todas las emociones oscuras o radiantes que puede sentir una hembra cuando se arroja al combate de vivir con la belleza y la juventud por armas y la amoralidad más completa por escudo. Y no fué la expansiva alegría de haber coincidido en un momento pródigo lo que las unió apenas conocidas en una amistad duradera y profunda, sino la estrechez, la mezquindad simultánea de una hora oscura de tedio. Las dos trabajaban en un tea-

trillo de mala muerte de Lyón, durante una común bajamar de sus vidas. Sin un buen sueldo, sin seguridades siquiera de cobrar puntualmente, teniendo que vestirse y desnudarse con otras desdichadas en miserable promiscuidad con todos: con los dueños del café-*concert*, con los camareros, casi con los parroquianos... Esta amistad que ahora, al cabo de siete u ocho años, tiene cierto empaque epicúreo, como de un amor insular de Lesbos, amasó sus primeros besos, sus más conmovidos abrazos, con lágrimas y resquemores de pobres mujeres vejadas, humilladas, vencidas y hasta quejosas de haber nacido mujeres. De golpe, terminó para ellas la temporada lyonesa. Y como otras muchas noches habían juntado sus penas, la noche en que las despidieron juntaron también sus pequeños montoncillos de francos, decididas a vivir—o a morir, si no era posible otra cosa—unidas como dos hermanas que huyen de la misma madrastra.

Algunas veces, después de hecho este pacto, hubieron de separarse, porque la vida tiene sus exigencias, y no hay sino acatarlas. Así, cuando Ivó o Ara se unían eventualmente a un hombre de dinero. Ellas se separaban resignadas, pero no rompían o entibiaban su estrecha amistad por ello. La más afortunada en el trance enviaba cuanto podía a la otra para que ésta participase de su bienestar momentáneo, y ambas confiaban a las cartas más apasionadas las ternuras que no podían prodigarse directamente durante la separación. Otras veces, las menos, corrieron juntas una misma aventura con dos amigos, y hasta con un solo hombre, en el clásico *ménage à trois*. Sin embargo, lo que las dos preferían era convivir a solas, sin esclavitud alguna, y, a ser posible, de sus propios medios, de lo que ganaban con su actuación en los tablados.

Cuando Araceli se repatrió—acuciada por un tenaz recuerdo de "su Sevilla de su alma"—, Ivonne se vino a España con ella. Pocos meses después de instalada la andaluza en la casa que le había puesto el torero, la francesa, sorprendiendo a todos "sus amigos" de la vida fácil sevillana, se casaba con un compatriota suyo. Mientras que su amiga sostuvo los indispensables *pouparlers* con Escacena, ella había estado flirteando con Juan Palomo, rival de aquél en los cosos taurinos, y al mismo tiempo dejándose pretender "completamente en serio" por monsieur Denis de Tharbes, un consignatario de buques francés residente en Sevilla desde hacía veinte años, a quien Ivonne conoció en el Pasaje de Oriente, en un ágape de la colonia francesa para festejar el aniversario del "14 de julio". Juan Palomo, el semidiós de la Macarena, tan famoso como Rafael, había querido, según su costumbre, que Ivonne se le entregase "por su cara bonita" y sin compromiso por su parte de dar a la "luason" apariencias de algo más que un pasajero capricho. Cuando, al fin, durante una juerguecita sorda en Eritaña, el diestro concretó sus proposiciones, los ojos glaucos de la francesa le envolvieron en una mirada de conmiseración por su falta de inteligencia y su exceso de petulancia, y al día siguiente Ivonne dió una respuesta afirmativa a monsieur de Tharbes. Una semana después Ivonne se llamaba legalmente madame Denis de Tharbes, como esposa del agente de Aduanas que más dinero ganaba en Sevilla.

Araceli se había unido maritalmente a Rafael Escacena tanto por amor como por cálculo. Ivonne habíase casado exclusivamente porque el matrmionio que aquel francés gordo, glotón, sensual y apoplético le ofrecía la permitiría vivir con verdadera libertad, la que sólo da el dinero. Entre rodar por los escenarios de segundo y tercer orden, y las complacencias hoy para un hombre, mañana para otro, o venderse



con todas las de la ley a uno solo, al mejor postor, optó por lo último.

La amistad de las dos mujeres salió incólume de todo esto, no obstante estar la andaluza realmente enamorada de su querido. Dicha amistad era más fuerte que cualquier otro afecto y ninguno podría quebrantarla. Había en ella una extraña mezcla de fraternidad honrada, de solidaridad en el dolor, en los apuros, en las alegrías, con una profunda perversión del instinto sexual, que ellas mismas ignoraban, y que las arrastraba fatalmente a una en brazos de la otra. Ivó tenía un temperamento de vampiro, destinada siempre a no hallar goce sino en exprimir, lo mismo a hombres que a mujeres, con la voracidad de sus caricias, para las cuales todo su cuerpo era boca y toda su ternura una succión enorme del ser que "se le entregaba". Ella no se entregaba nunca. Araceli, por el contrario—y de ahí que el pacto inconfesable e inconfesado de sus sexos no pudiera romperse—, era la encarnación más hermosa de la abulia sensual. Para ella no existía el momento de manifestar su voluntad de placer; pero tampoco había conocido su carne ese momento de rebeldía en que la más ardiente rechaza una caricia o se siente cansada de dar y recibir besos. Bastaba que el deseo de otra persona la envolviese, para que ella—que habría vivido sin inquietud erótica alguna en un desierto—se entregara, absolutamente sometida. No buscaba jamás el goce, mas cualquiera solicitación a darlo y recibirlo la encontraba siempre en ese archisabido "cuarto de hora" en que toda mujer se rinde. La vida entera de Araceli era, en este sentido, un interminable cuarto de hora...

Ivonne habíase instalado con su marido en la plaza de Santo Tomás, cerca del Archivo de Indias. Araceli—ya se ha dicho—, en lo más tranquilo del barrio de San Lorenzo.

Cada una de ellas hacía su vida de casada según la moral de hogar de los respectivos hombres. La francesa, libre como casada; la andaluza, como casada, enclaustrada casi. Rafael no la dejaba salir más que con "don Denis y su mujer", a los teatros y al paseo de la Palmera. Ni la permitía otras visitas en sus ausencias que las del matrimonio francés. Araceli estaba confiada por el matador a la vigilancia socarrona, a la tutela disimulada de don Pacorro, un viejecillo de sainete andaluz, que había sido banderillero de Mazzantini y ahora estaba recogido en la casa de Rafael Escacena, donde prestaba sus servicios de toda índole, principalmente el de cancerbero de la hermosa esclava.

En estas circunstancias, casi siempre era Ivonne la que acudía a casa de su amiga a pasarse junto a ella la mayor parte de sus horas libres, que eran todas las del día y casi todas las de la noche. Monsieur Denis de Tharbes, sometido como estaba por su esposa a un régimen erótico aniquilador y expeditivo, no representaba un obstáculo de gran monta para la intimidad ininterrumpida de las dos amigas. Antes bien, la gravedad bonachona de su porte, su edad, su posición, contribuían a inclinar el ánimo receloso de Escacena a permitir que Araceli saliese y entrase con ellos como con unos padres. De este modo, y mientras el torero cumplía por las plazas de España y de América sus contratos, Ivonne—llevando a su marido como un testaferro—organizaba con Araceli excursiones, correrías, juergas. Sobre todo las juergas—en toda regla: con guitarra, cantaores y bailaoras y amigos de rompe y rasga y vinos generosos en abundancia—eran el marco preferido por la francesa para divertirse junto a la amiga con quien había compartido los más amargos días de inquietud, de desamparo y de miseria. Monsieur de Tharbes las acompañaba, oficialmente, como jefe de la partida, o como eterno recién llegado en cuyo honor se organizaba la francachela; pero, en realidad, con quienes ellas se divertían era con los muchachos del Ateneo—mitad don-juanes, mitad cicerones gratuitos de cuantas chicas guapas querían conocer y vivir bien la vida típica de Sevilla—o con los juerguistas profesionales, los "virtuosos" de la jarana, señoritos *bien* y aficionados "muy adictos" a la tauromaquia desde su abono de barrera. Hay que decir, en honor de la verdad, y sobre todo en honor de monsieur de Tharbes y Rafael Escacena, que jamás las dos mujeres, desde que vivían conyugalmente con aquéllos, habían faltado de hecho a la fidelidad debida. Bromas, coqueteos, algún que otro baile demasiado apretado, algún beso que se dejaban robar sin grandes protestas; pero de ahí no pasaban con nadie. Cuando la fiesta llegaba a su apogeo, si el agente de Aduanas no se había dormido aún atrincherado tras una fila de botellas de jerez, ya vacías, Ivonne le apartaba del resto de la alegre comunidad y en algún lugar reservado de esos que tan discretamente abundan en los parajes de esparcimiento de hombres y mujeres, le hacía la suprema caricia habitual, con la que le dejaba extenuado y, por consiguiente, en condiciones que no pudiese estorbar la libérrima expansión suya y de Ara entre los amigos de su edad y carácter.

Estas jiras, como las comidas que organizaban—para el matrimonio y Araceli solos en casa de ésta—, como los viajes a Jerez y a Cádiz, o a Córdoba o a Granada—siempre solos la francesa, su marido y la andaluza—, no eran, en realidad, sino...—permítasenos la expresión—momentos distintos de una eterna luna de miel entre las dos amigas. Habían sufrido mucho, tenían ahora dinero suficiente y se querían aún demasiado para no desear en todo instante paladear el excitante sabor de un vivir intenso e irregular, como quien

sólo busca en cada hora de bienestar un aperitivo para el minuto fugitivo del goce verdadero: el que se saborea en la intimidad de las alcobas.

* * *

En la intimidad azul y blanca de la alcoba matrimonial de Araceli están hoy, el día jubiloso en que Ivonne ha regresado del veraneo por Francia, las dos amigas inseparables. Hace unos momentos, en el patio castizo y fresco de la casa, las separaba la inquietud, la tristeza, la preocupación constante de Araceli desde que su Rafael es indefectiblemente vencido en los ruedos por quien sólo puede competir con él en el arte taurino, Juan Palomo. Ahora, después de abandonarse la andaluza blanca, hermosa y lánguida a la ternura ardiente e irresistible de Ivonne; gozadas y rendidas las dos, no queda un solo repliegue del alma de una de ellas que la otra no haya penetrado en su desbordamiento afectivo.

Ara está sentada, como un budha, en lo más alto del lecho, sobre las almohadas; tendida junto a ella, reclinando la cabeza, de luces metálicas, sobre sus muslos cruzados, Ivó mira al techo y saborea el cigarrillo de "los postres".

—Me parece que he dado ya con la fórmula salvadora —dice de pronto, tras un reposado silencio, la francesa, sin cambiar lo más mínimo su cómoda postura—. Si te portas bien, el año que viene te prometo que la Oreja de Oro es tuya.

—Pero ¿cómo, reina? ¡Ay! ¡Si dependiera de mí!... ¡Si dependiera de mí—insiste Ara—, no estaríamos a fines de la temporada con la ruina en puerta!

—¿La ruina? ¿No exageras un poco?

—No, nena; es la fija. Cuando, la temporada anterior, Juan se llevó también la Oreja de Oro, no pasó nada; algunas puyas de los críticos, el crecimiento de los partidarios de Palomo y dos o tres carteles de feria de septiembre en los que Rafael no figuró. Pero arrebatarle la segunda vez este año el galardón, es, ni más ni menos, la ruina. Así como suena: la ruina. Ya ves, a estas fechas, Juan Palomo tiene comprometidas para el año que viene dos corridas por cada una que le han pedido a Rafael. No acaban de llegar nunca esas dichosas ofertas de Lima y de Méjico, que serían la salvación. Los "rafaelistas", que antes eran idólatras de mi *mario,* van escaseando... A este paso, y con lo que Rafael gasta..., y lo gastosa que soy yo, y los ingresos, que cada vez serán menores, pronto nos veremos los dos fracasados. Te lo digo con toda mi alma: o Rafael corta la Oreja de Oro la temporada próxima, y acalla con ello a los desconfiados y recobra su nombre todo el cartel que tenía desde novillero y vuelve a entrar aquí el dinero a manos llenas, o de aquí a un año se tiene que retirar olvidado, sin contratas, pobre... Tú lo sabes tan bien como yo, vidita. Rafael Escacena es la última carta que me he jugado para ser algún día rica, muy rica, todo lo rica que tantas veces soñé ser...

—No te has jugado todavía esa última carta—interrumpe al fin la francesa, que gusta de callar largos ratos para escuchar la voz rasgada y sensual de Ara, atenta más al fuego de su acento que al sentido de sus palabras—; pero me está rondando la cabeza el medio de que te la juegues...

—¿Qué piensas? ¿Qué maquinas?

—Pienso en algo extraordinario; en un plan digno de mí y, sobre todo, de nuestro cariño; porque no es únicamente esta delicia de poseerte, de estrujarte, de sentirte muy niña y muy mía en mis brazos, lo que hace que tu vida me

interese tanto, más que la mía misma, sino también el amor, el verdadero amor, amasado por los años, por nuestras vidas, tan semejantes por todo. Y si estos sentimientos, tan fuertes que no han podido separarnos ni la desgracia ni la fortuna, no sirven para que yo te salve en este trance, el amor, y la amistad, y el deseo no es más que... *merde!*

—Te veo muy decidida, Ivó. De ti hay que esperar siempre algo grande. Dame un beso, a ver si así rompes a hablar y me dices todo eso que estás pensando y que te callas.

—No; no nos vamos a dar un beso... Te voy a besar yo solita, mientras acabo de atrapar ese gran truco que hará tragar saliva a Juan Palomo y a Rafael llevarse la Oreja de Oro el verano que viene..., digo, si sigue siendo tan buen torero como hasta ahora.

—¡Eso, ya lo sabes! ¡El mejor de los nacidos! Lo que pasa es que, no sé cómo, siendo tan juerguista y jaranero uno como otro, siempre resulta que, cuando torean juntos, Juan está más entero; vamos, más dueño de sí mismo que Rafael, y, ¡claro!, "le da el baño". Que si no fuera por eso, ¡cualquiera quitaba a mi Escacenilla de mi alma el primer lugar en el arte!

A estas últimas consideraciones de Araceli, los ojos de Ivonne se han iluminado jubilosos; una sonrisa de triunfo ha aleteado por sus dientes impecables:

—¡Calla! ¡Por Dios, calla!—interrumpe de pronto a su amiga—. Que tú misma, sin darte cuenta, acabas de resolverme la incógnita. ¡Calla!...

Araceli, obediente, ha enmudecido; y su cuerpo, ante una nueva invasión de los besos de Ivonne, resbala desde los cojines que le sirven de trono. La boca de la francesa, en un apasionado silencio, recorre ahora el cuerpo espléndido de la sultana sevillana. A cada beso se rinde un miembro de ésta: le besa la nuca, y Araceli inclina el cuello a un lado, como un tallo de flor que se troncha al viento; le besa las cúpulas—dos fresas magníficas—de los senos, y éstos se le yerguen, duros y vibrantes, como ofreciéndose por entero a la boca que los despierta; le besa la tersura del vientre, y éste comienza a agitarse en un divino y casi imperceptible temblor, que llega hasta la planta de los pies; le besa los muslos, y los muslos de Araceli se entreabren ansiosos, como en espera de más hondas caricias... Araceli calla y suspira, angustiada y gozosa. Ivonne besa y besa, implacable, mientras su imaginación acaba de redondear el fantástico plan salvador que ha de permitir a Rafael Escacena arrebatarle, la temporada próxima, a su rival Juan Palomo la áurea Oreja que el juicio de los espectadores concede cada año al matador que mejor torea en la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa de Madrid.

Araceli ha quedado extenuada otra vez, en el largo minuto que tarda Ivonne en recorrerle minuciosamente todo el cuerpo con su lengua húmeda y sabia. Si hace un momento toda Araceli era inquietud dulcísima, ahora, después de haber recibido en el negro tabernáculo de su sexo—¡esa boca de fuego y de ébano!—la boca exterminadora de Ivonne, todo el cuerpo de Araceli es un largo suspiro quejumbroso y agradecido...

El "raid" de los labios franceses termina, al fin, en los labios pálidos y mojados de la andaluza. Después de este beso final, Araceli saca, no sabemos de dónde, fuerzas para preguntar mimosamente a su dulce tirana:

—¿Me librarás de esa pesadilla, vidita? No puedo disfrutar del todo, ¡ni aun de tus caricias!, mientras no cambie la suerte en esta casa...

—¡Sí, gloria mía! ¡Pequeñita, sí! Te juro que la Oreja



de Oro no se la volverá a quitar Juan a Rafael. Pero, para ello, desde ahora, tu cuerpo, tu sonrisa, tus ganas... y tus desganas de jaleo, vamos, de entregarte; hasta tu pensamiento, han de pertenecerme en absoluto; ¿me entiendes? En absoluto. Los contratos que firme Rafael, tu fidelidad a él, la que él te guarde a ti, todo, en fin, lo que se relacione con vosotros dos, todo, deberá depender de mi voluntad. Tu hombre y tú tenéis que ser, hasta que Juan Palomo quede vencido, los soldados con los que yo, convertida en general en jefe, debo ganaros la batalla.

—Y ¿de qué armas vas a valerte?

—De tres armas poderosas, y estoy por decir que invencibles, si obran de perfecto acuerdo—responde con burlona solemnidad la deliciosa diablesa—: mi cabeza, es decir, mi genio napoleónico, tu... boca de azabache, ésta que ahora acaricia mi mano, y, finalmente, mi lengua...

* * *

Estamos en el templado, apacible noviembre sevillano. El tibio sol de media tarde rehoga el paisaje de "Los Caireles", la dehesa de Trastamara, el aristocrática "cañí", y da al mismo y a las figuras que lo animan un suave prestigio de viñeta de los tiempos de Cúchares.

Se celebra en el tentadero de Trastamara una fiesta de acoso y derribo de reses en honor de Juan Palomo, que ahora descansa de su provechosa y gloriosa campaña de verano, en espera de la fecha en que debe embarcar para torear las corridas del Perú. Todos los invitados—Ivonne, sin el marido y sin Araceli, se ha hecho invitar también—visten típicamente, como a esta clase de diversiones conviene: las mujeres, sus trajes de amazona andaluza, falda corta de bas-

tante vuelo, chaqueta a la marsellesa, sombrero cordobés; los hombres, pantalón abotinado y guayabera, sombrero también de ala ancha, o gorra.

Durante toda la mañana se ha derrochado el valor—sin diferencias para la fortaleza o debilidad de los respectivos sexos—y la gracia ecuestre en el acoso de los becerros. La tarde, después de una comida a la inglesa, en la que lo único castizo ha sido la prodigalidad con que han corrido los vinos andaluces, se dedica por los excursionistas a las proezas bárbaras propias de la casta superior en aquel gran pueblo del Sur. Una marquesa auténtica ha montado en pelo una jaca indómita, y se ha lanzado sobre ella, a través de las marismas, hasta llegar al Guadalquivir, de donde ha poco ha vuelto chorreante, ceñidas las ropas a su cuerpo, ágil y nervioso... Un cortijero—con el que dicen que aquella marquesa tiene algunas complacencias recatadas—la ha llevado a su aposento para que la dama se cambie los empapados vestidos por otros. Hace más de una hora que ni la aristócrata ni el "aperaor" dan señales de vida. Otro invitado ha levantado en vilo, cogiéndolo por el cubo de una de sus ruedas, un coche ocupado por cuatro personas. Trastamara, como alguien rehusase beber más jerez, diciendo: "No, Trastamara; que lo que tú quieres es encurdarnos a todos, para luego irte a Sevilla esta noche a darte postín de hombre resistente", ha bebido, reloj en mano, a grandes tragos, tres botellas de Agustín Blázquez, en tres minutos seguidos...

A las cinco, cuando el sol rueda ya, como un gran balón incendiado, sobre los montes que cierran la vega, casi todos los invitados han desaparecido discretamente, por parejas... El ocaso es una gran sinfonía sensual, en la que todos los rumores que llegan hasta la azotea de la hacienda, desde las habitaciones del bajo, desde el parralillo de "Los Caireles", desde los macizos de retama que rodean la casa por el lado del río, cantan la gloria obscura de la lujuria satisfecha.

En la azotea han quedado solos, según el secreto designio de Ivonne, ésta y Juan Palomo.

Hace tiempo, algunos años, que la francesa empezó a ser acosada por el torero. Pero de soltera ella no quiso rendirse sin condiciones, como él insinuaba, al capricho de Juan. Al verla casada, el deseo del diestro por conseguirla ha redoblado sus fuegos. Así, al decirle Ivonne, a los postres: "Juan, deje usted a esos locos y véngase conmigo arriba, a ver pasar los aeroplanos de Larache", el matador macareno ha accedido, complacidísimo en lo más íntimo y creído de que la hora de la caída ha sonado para la esquiva francesa.

Juan Palomo empieza el diálogo dispuesto a hacerse persona. Ella le deja despacharse a su gusto. Y como de la mano, la conversación va a parar a un tema dilecto para la vanidad del espada: sus triunfos como torero y como Don Juan de la flamenquería. (Claro está que—y esto debe decirse entre paréntesis, como un secreto que sólo se descubre al lector—el éxito de Juan Palomo como torero radica en buena parte en la falsedad de su leyenda como conquistador; casado con una inglesa colona de México, escurridiza y casi insexuada, pero millonaria, las reservas de energías que hace en el lecho conyugal le permiten en las plazas una integridad física que la dispendiosa vida erótica de su mujeriego rival Escacena no permite a éste en "la hora de la verdad", que para un matador es la de entendérselas con el toro. Y como contera o añadidura, las conquistas de Palomo fuera del hogar son muy aparatosas—hasta la Prensa se ha ocupado a veces de algunos de sus amatorios lances—, pero en el fondo más de boquilla que aniquilantes y sabrosas realidades. No es Ivonne la primera gran hembra que, por haber pasado dos

horas a solas con él, figura ya para "in eterno" en la lista de sus trofeos...)

—Déjeme la mano quietecita..., o va a parecerme que es usted quien, al fin, se rinde y quiere conquistarme. Yo, Juan, soy como Araceli, otra mujer a quien sé de buena tinta que le gusta usted horrores...

—¡Cómo!... ¿Que le gusto *también* a...?

—Sí; "nos gusta usted a las dos"—replica la francesa recalcando la frase—. Pero yo, como ella, no soy agüita que pueda beber el primero que llega. Hace falta valer mucho..., mucho más de lo que usted vale para que nos demos por vencidas.

—Es que yo, Ivonne, no doy siempre todo lo que yo soy capaz, porque no hace falta. Pero cuando se me pone en el camino una mujer así, vamos, "una imposible"... que valga la pena, usted no sabe, Ivó, de lo que es capaz este cura.

—Este cura, como usted dice, no es el todopoderoso... Mire, amigo, desengáñese. ¿Sabe usted por qué ni Araceli ni yo seremos nunca suyas, "a pesar de todo"? Pues porque estamos en el secreto: usted ahora mata más que Escacena porque... Escacena se entrega al amor sin reservas, de verdad, como se entrega a los toros. Y, ¡claro!, él no puede con éstos, como usted no puede con nosotras. No se puede ser un gran torero y *un homme à femmes* al mismo tiempo.

—Usted no me conoce, niña...

—¡Vaya si le conozco! Y porque le conozco aseguro que en este mundo se llevará usted todas las Orejas de Oro, sencillamente, mientras sus conquistas no pasen de... pura conversación. Pero mujeres como Araceli, que valen por todos los triunfos taurinos, ésas no son para usted, créame...

—Si yo quisiera, vaya si lo sería; no le dé usted vueltas.

—Lo dificulto. Araceli es algo que pertenecería en absoluto a Rafael, si... no me perteneciera a mí, a mí más que a nadie. Y mientras yo sea para usted esa "imposible" que usted cree tan fácil, ella...

—¿Qué dice usted, Ivonne? ¿Qué dice usted?

—Nada, nada... Usted no puede comprender todo esto. No todo es tan sencillo como lancear bien un toro. Araceli es como ese toro que un día, fatalmente, le echan a usted al corral. Y hay que resignarse...

—¡A que no! ¿A que es mía en cuanto yo me lo proponga?

—¡A que no!

—¡A que sí!

Cuando Juan Palomo está más metido por el camino a que le ha llevado la francesa, se da cuenta de que todo este diálogo es absurdo, de que por querer vencer en el inútil torneo de palabras va a perder de momento lo que más le interesa; y retrocede sin ambages.

—Bueno; y a todo esto—reflexiona en voz alta—, ¡si a mí quien me importa es usted! ¿Qué tengo yo que ver con Araceli?... ¡Ea! ¡Que no! ¡Que a mí no me envuelve usted en sus ratimagos! La que me gusta es usted; ¿sabe? Sea usted ya mía; sé tú mía, ya que... yo también te gusto. Vamos, no te vuelvas atrás de lo que has dicho...

—Poquito a poquito; no se me ponga usted meloso, y escúcheme, que voy a serle franca. Hablo a un hombre; ¿verdad?

—¡Por la que está en San Gil! ¡Con un hombre!

—Bueno; pues óigame. A mí, a Ivonne, usted así, lealmente, me gusta...

—Ivonne...

Y el torero se alza de la silla en que estaba sentado a horcajadas; se pone serio, ridículamente serio, como casi to-

dos los hombres cuando van a "meterle mano" a una mujer difícil, y avanza, extendidos los brazos, hacia el cuerpo desmadejado de la francesa, que se apoya a medias sobre un extremo de la mesa, en donde los chatos del jerez recogen las últimas luces del sol.

Cuando ya rozan sus manos trémulas los brazos femeninos, Ivonne dulcemente, mejor, alegremente, le rechaza. Despliega su mejor sonrisa, su más atrayente y prometedora sonrisa; y mientras con la mano izquierda le mantiene a distancia, sujeto por un hombro, con la derecha ciñe su rostro, entre repulsa y caricia, como con una mascarilla de seda, apretándole los pómulos, los labios, el mentón; al llegar a éste, contrae los dedos y, con el puño cerrado, en un simulacro de hostilidad, le aparta jovialmente, pero con tanta fuerza, que el diestro—¡tan poco diestro en el arte de escoger el momento para atacar a una mujer sin posibilidades de ser rechazado!—va a parar al pretil de la azotea, como un boxeador que cae sobre las cuerdas del *ring*. A seguida, imperturbable, esto es, siempre risueña, le dice:

—Estese usted quieto ahí mismo, y escuche, hombre. Voy a ser más que un capricho para usted, porque empiezo por ser su amiga verdadera. Y por ello le digo que... me gusta, pero que... yo no hago traición a Araceli.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—Que Araceli y yo—explica con tranquilidad la mujer—somos amantes, ¿entiende usted?, amantes. Y yo no la engaño. Si ella se entrega a usted, yo no me sacrificaré más y... seré también suya. Sería muy largo de contar; en dos palabras: he adivinado su secreto; sé que le gusta usted, que acaso se le entregaría. Y como no quiero vivir en una ilusión falsa y no temo a la realidad, sino que la afronto, he venido a usted para decírselo: Araceli piensa en usted; pruebe usted a rendirla. Si lo logra, yo me habré quitado esta venda de los ojos, y sentiré mi corazón en libertad para hacer de él lo que me dé la gana.

—¿Que será...?

—Sí... No me mire usted con esos ojos, Juan. Seré suya, pero cuando haya usted conseguido a mi... amiga.

—Y ¿por qué no antes..., ahora?

(Segundo ataque del torero, que es segunda vez rechazado, aunque no tan irremisiblemente como la primera. Al contrario, después de apartarle de sí, Ivonne, en un rapto brevísimo, le toma la cabeza entre sus finas manos y le da un solo beso, un beso único, en plena boca, hundiendo el corazón de sus labios en medio de los labios del hombre, oprimiéndole a él los suyos entre sus dientes, exprimiéndole el aliento, la saliva, la sangre... Luego, rápida, felina, huye y pone de por medio la mesa. Va a perseguirla, en el paroxismo de la ansiedad bestial que ha despertado en él, Juan Palomo, y entonces Ivonne esgrime, como en sus buenos tiempos apachescos, una botella, en ademán que no deja lugar a dudas...)

—¡Ivó! ¡Ivonne!... ¿Qué quieres de mí?... ¡Vas a perderme, mala mujer! ¡Vas a perderme! Sé mía. Ese beso, que quema, no se paga más que así...

—Si te acercas, te lo digo tranquilamente, te mato. Yo haré siempre lo que yo quiera; ¿entiendes?

El torero se deja caer en una silla, desquiciado, inerme, febril. La francesa, sin perder la posición defensiva que ha adoptado, escancia el vino dorado en sendos chatos, y, mimosa como siempre, ofrece uno de los vasos a Juan.

—¡Anda, hombre, alégrate!... Pero, en serio: renuncia a mí si no eres capaz de ganarme.

—¡Cómo! ¡Si no te entiendo!... Si me gustas y sé que estás por mí, y... no sé lo que quieres...

—Quiero... que me redimas de este vicio en que he caído; que me convenzas de que Araceli no me quiere; y quiero... ¡Sí! ¡Sí, asómbrate! Soy una mujer muy extraña. Quiero gozarte cuando vengas a mis brazos rendido, agotado por otros brazos de mujer. No me agradan los machos fieles, los falderos.

—Eres extraña; en verdad, extraña... Y por eso me has enloquecido. Pero ¡ahora vas a saber quién soy yo queriendo! ¡Muy grande, Ivonne! ¡Muy grande!

Juan Palomo, alma y sexo elementalísimos, desea cuanto presenta un aspecto difícil, cuanto le parece extraño y novelesco. Cree frente a Ivonne habérselas con una mujer extraordinaria y en el umbral de una complicada aventura jamás vivida por los otros mortales. Su reto final, envenenado por el beso terrible de la francesa, demuestra que ha picado completamente el anzuelo con tanta maestría presentado por aquélla:

—Yo corto más orejas que Rafael, gano más dinero que él, y me acuesto con mejores mujeres que él... La única que no ha sido mía antes, de las que él hizo suyas, es Araceli, y ¡caerá! Le venzo y le venceré en todas partes...

—Menos en su casa. Allí no...

—Lo veremos. si no es más que eso lo que pides para ser mía, te juro que te presento a Araceli desnuda y amarrada a los pies de la cama en que vas a entregarte.

—Y yo te prometo ser tuya en cuanto hayas hecho todo eso que dices por lograrme. Mira, allí brilla Sevilla. Allí está ella, la bandera que debes arrancar al enemigo para que toda yo sea un beso muy largo, muy hondo, como el que te he dado. Ya sabes cuál es el camino de mis brazos.

Juan Palomo, sin mirarla—podríamos jurar que ya un poco ebrio de deseo y de vino—, cubre su cabeza con el gran pavero negro, y empieza a bajar lentamente la escalera de caracol de la azotea. En las copas del jerez han caído ya las primeras estrellas.

Ivonne ha removido esta tarde en el pobre corazón vulgar del torero todos los resortes aprovechables a sus fines: la vanidad, la envidia, la lujuria, la admiración, la curiosidad... Juan Palomo empieza a ser su presa.

IV

—Pero, vidita, ¿qué pretendes haciéndome ir a San Juan para verme frente a frente a ese hombre odioso, frente al enemigo de mi *marío?*

—¡Tontina! Tú calla y obedece. Acaba de ataviarte, que dentro de poco llegará Denis con el *auto*.

—Bueno, Ivó... Pero esta excursión a San Juan es un peligro, una locura...

—Mira, Ara: "más *cornás* da el hambre", como creo que dijo uno de vuestros sabios. Yendo mi señor de Tharbes con nosotras, la juerga más sonada no pasará de ser, a los ojos de cuantos no asistieron a ella, una honesta expansión familiar. Aquí el único peligro está en que tú, en vez de conquistar a Juan Palomo, te dejes conquistar por él. Hay que tenerle en jaque hasta el verano, y precisamente hasta la víspera del día en que se dispute la Oreja de Oro con Rafael. Si caes antes, a ti misma te traicionas. Conque...

—Bueno, Ivó; haré lo que tú mandes. Pero... ya conoces mi temple: como me ponga a la vera de un hombre me-

loso, no sé qué me pasa, que no puedo resistirme. Por eso Rafael, que me conoce, me tiene aquí encerrada, como una turca. Y bien sabe Dios que por eso le he sido fiel desde que vivo a su lado.

—Pues por esta vez, y siempre que te entrevistes con Palomo, yo estaré al cuidado; y si cometes la tontería de ponerte... cariñosa, acudiré a salvarte. Mira, ya veo llegar a Denis. Acaba, amor mío...

* * *

Citado por Ivonne, Juan Palomo, sin acompañamiento, casi de incógnito—que un rey es al fin de la popularidad—, se presenta en la Venta Canales cuando el matrimonio francés y Araceli llevan cerca de una hora allí, merendando, frente al espectáculo incomparable de la vega de Sevilla, extendida al pie de San Juan de Aznalfarache.

Con la facilidad con que se simulan estas casualidades, el torero macareno se suma a la partida como quien se ha topado con ella fortuitamente. Pero... "hay que animar esto" —propone—, y, al efecto, a poco de haber llegado, la consabida juerga en que termina todo esparcimiento en Sevilla, está en marcha. Canales, el ventero—un ex banderillero cojitranco y complaciente, que lleva muy bien su negocio bajo la triple advocación de Caco, Mercurio y Celestina—ha reclutado en el pueblo, a una indicación de Juan Palomo, una partida de húngaros que allí acampa, un *tocaor* de guitarra y un chaval sanjuanero que canta los fandanguillos del Alosno "como los propios ángeles".

La fiesta comienza suavemente... Los gitanos—a quienes el agente de Aduanas saluda con una propina espléndida para que no regateen su contribución al holgorio—cantan canciones del mundo, su patria; beben, comen, piden—graciosamente, eso sí—más gratificación, y, concedida, se entregan alegres y ya casi olvidados del móvil económico, a la embriaguez de sus zambras. Tiembla el emparrado de la Venta a la quejumbre báquica de sus instrumentos de música; y la tierra misma parece temblar bajo el repique de sus pies errabundos y el tableteo de sus manos pedigüeñas, que baten palmas al son de la caldera y los panderos... Los ojos de un húngaro cenceño, de negra barba rizosa, se clavan encandilados en los de Ivonne. Las pupilas de batracio que bailotean en la cara fofa de M. Denis de Tharbes acarician con lubricidad el seno, estallante bajo el corpiño, de una de las dos hijas del ventero; la otra muchacha "se come con los ojos" al mocito que va a cantar los fandanguillos. Juan Palomo reparte sus miradas, a hurto del francés, entre Ivonne, que le mira con el rabillo del ojo, y Araceli, que vuelca toda su atención, anhelante, sobre el movible cuadro de la zambra, lleno de una fascinadora lujuria melancólica.

Ahora gime la prima y reza el bordón. "El Niño de Aznalfarache" entona el canto negligente, mezcla de pena y alegría, de Onuba la tartesia:

Entre Aznalcolla y Gerena
está la niña sieguita
que cura males de amores
a to el que la solisita,
porque ella muere de amores...
Entre Aznalcolla y Gerena...

Entre copla y copla, las manos, que ya quisieran ejercitarse en las caricias, pizcan trozos de mojama, gambas y langostinos, o se ciñen al lomo acanalado de las "cañas" esbeltas donde chispea la manzanilla. El *cantaor* sanjuanero vierte en otro silencio el fandanguillo clásico:

Rubia la mujer primera
que hizo Dios por su capricho.
Y como no le gustó,
la tuvo que hacer morena.
¡Morena la quiero yo ...»

Poco a poco, entre el vino y la música grave y el canto llano, la alegría de la juerga se ha hecho densa,

«pastosa, como saliva
de la mujer que se entrega.»

La masa de brazos que revuelan, de bocas que beben, de ojos que fulguran de deseo, se hace más compacta, como la sombra crepuscular... Ivonne se escabulle por unos momentos, sin ser vista. El gitano de la barba negra, prendido en una seña suya, la sigue, solapado. Y mientras la manzanilla pone nieblas de somnolencia y de deseo en el coro, la francesa y el desconocido vagabundo se aman en la sombra del huerto que circunda la venta. Ignoran mutuamente sus nombres, su condición, casi los rasgos de sus rostros. Ha bastado la súplica elocuente y la elocuente oferta de las mutuas miradas para que estos dos seres se entreguen expeditivos al mandato sagrado de la carne.

Cuando Ivonne vuelve al cenador del emparrado, minutos después de haberse ido, todo el cuadro ha cambiado como por ensalmo. Su "debilidad" de un instante ha acelerado el curso de los acontecimientos que ella regía. Ya no hace falta que la francesa despliegue su estrategia amatoria para que Ara y Juan Palomo libren las primeras escaramuzas. El torero y la querida de su rival están casi solos, a la exigua luz pabilosa y temblequeante de un velón, en un extremo de la habitación de ramas y pámpanos. Los gitanos acaban de desfilar por el foro, y... M. Denis de Tharbes ha desaparecido con el de la sonanta y el de los fandanguillos. Ivonne se detiene a la entrada del refugio, para que la pareja no note su llegada. Al paño, como en las viejas comedias, observa y escucha.

—¿Por qué me persigues así, Juan? ¿Por qué me escribes? Estoy vigiladísima... Don Pacorro, Robledo, que me espían por cuenta de Rafael. Ivonne, que es celosa, que no me deja respirar... ¡Renuncia!

—¡Tienes gracia, chiquilla! ¡Renunciar yo a ti!... ¡Antes renuncio a torear!... ¡Tú no sabes lo que yo te quiero, lo que te deseo; las fatiguitas que estoy pasando por que seas mía!

—¡Y yo, Juan de mi alma!... ¡Te quiero! Quisiera ser tuya, pero...

—Pero ¡qué! ¿A qué esperas? ¡Ten un arranque!

—¡No puedo! ¡No puedo!... ¡Y lo deseo tanto como tú, Juan!

—Entonces... ¿cuándo?... ¡Ahora!...

—¿Ahora?... ¡Nos verían!... (¡Por tu madre, no me toques ahí, vida, que grito, que me deshago!...) ¿Dónde?... En cualquier parte nos verían...

—No, nena. Ven, un momento; antes que vengan esos...

Juan Palomo, sentado, tiene a la andaluza sobre sus rodillas, casi caída, entreabiertas las piernas, arrollada la falda sobre el vientre, el rostro hacia la boca anhelosa del hombre, que la envuelve en un persuasivo hálito de lujuria; una de las manos varoniles aprieta la potente copa de un pecho; la otra se pierde entre sedas y acaricia desesperadamente los muslos de la hembra, que se agita en el temblor que precede al instante irresistible de entregarse. Cuando la boca de Juan prende, en un beso que es casi un mordisco, los labios chorreantes y golosos de Araceli, el cuerpo de ésta salta en un

ballestazo magnífico, de fiera en celo. Se yergue, se desprende de él y, frente a frente, le mira con poderosa mirada de solicitud y de entrega; abre los brazos hermosos, desnudos hasta el hombro, y cae en los del torero, a quien se ciñe como la mandrágora al árbol. Los cuerpos quemantes se juntan, se restregan, se estremecen convulsos, próximos al paroxismo; las bocas se funden inverosímilmente en un beso de llamas. Así, unidos, conmovedoramente unidos, emprenden la marcha nupcial hacia rincones más propicios de sombra, como la primera pareja paradisíaca, como la emprenderá la última pareja amorosa del mundo la víspera del Apocalipsis...

Pero... todo Edén tiene su ángel exterminador, y en la Venta de Canales este menester lo detenta un delicioso demonio: Ivonne.

—Pero, ¡Dios santo!, os estaréis aburriendo como ostras, hijitos.

Transición. Automáticamente, los frustrados amantes se separan. Araceli se encarga de amañar una explicación:

—Ibamos a buscarte... Tardabas tanto... ¿Y tu marido?

En esto óyense gritos, blasfemias, imprecaciones...

—¡Dame un arma, Rosa, que mate a este tío cochino! —se oye distintamente que grita, en el fondo de la huerta, el ventero cojitranco.

En una visiumbre de rápida intuición, Ivonne salta, azorada:

—¡Ese es el camello de Denis! ¡Corramos!... ¿Qué nueva bestialidad habrá hecho?

Atenta a todo, no quiere que, mientras acude a arreglar el desaguisado que su marido haya podido cometer, Araceli más fácil a la cópula que una gallina—se entregue a Juan y eche a rodar todos sus maravillosos planes, que con tanto éxito se desarrollan, para que el macareno no arrebate por



tercera vez la Oreja de Oro al ídolo en decadencia. Ni Ara ni Palomo pueden evadirse. Los dos, cogidos de la mano por Ivonne, corren con ésta hacia donde se ha armado la zalagarda de voces e improperios.

La escena, a la escasa luz de un candil, que portea Rosa, la hija menor del ventero, es ésta: el pingüedinoso agente de Aduanas está caído, bajo una higuera, sobre el cuerpo rollizo y rebelde a la sumisión de la primogénita de Canales. Furioso, vesánico, rojo por la doble borrachera del vino y la lujuria, forcejea para dar vado allí mismo a sus ansias sobre el sexo de la presunta virgen. El ex banderillero intenta vanamente, golpeándole con su pata de palo, apartar la mole del sileno provecto y voluminoso del cuerpo de su hija.

Expeditiva, interviene la francesa:

—¡Denis! ¡Denis!—susurra a su marido, como quien llama a un can sumiso; y se echa encima del enorme galo, acariciándole hasta hallarle la boca. Cuando consigue besar los labios espumeantes del esposo, éste emite unos gruñidos de bestia amaestrada y abandona su presa.

Sólo Ivonne sabe lo que pide con tales estertores monsieur de Tharbes... La francesa comprende que únicamente "así"—concediéndole la caricia aniquiladora de sus labios—quebrantará el frenesí del agente de Aduanas; mas, al mismo tiempo..., como tales homenajes no se hacen en presencia de nadie, ni aun a los maridos..., comprende también Ivonne que si deja de nuevo a solas a Juan con Araceli, la... "facilidad" de ésta se deshará en una prematura entrega entre los brazos del torero.

—Váyase usted ya, Juan—dice por lo bajo a éste—; se pudiera complicar el asunto, y por nada del mundo quiero que su nombre figure con los nuestros. Váyase...

Palomo regresa en su *auto* a Sevilla. Ivonne paga con oportuna dadivosidad el gasto de la tarde, los desperfectos y aun la indemnización que insinúa Canales por el escándalo, y exige, autoritaria, que les dejen solos otra vez.

Bajo el emparrado, recamado de estrellas, en la sombra perfecta del novilunio de abril, Ivonne, con su boca sabia, con sus labios voraces, con su lengua sutil como un látigo, besa, muerde, acaricia la fálica hiperestesia de "su Denis" monstruoso, que ya rugía de impaciencia cuando Ivonne le acercó las fauces devastadoras... El elefante francés, hendido al fin, roto, deshecho, queda en cruz sobre el mosaico del cenador, cara al cielo...

Durante la labor magistral, Ara, que no puede resistir las oleadas de sensualidad, despiertas, mas no satisfechas, durante la juerga, ha buceado en silencio hasta hallar a su boca una fuente de placer en el cuerpo de Ivó, arrodillado sobre el fauno yacente. Cuando la encuentra, rinde a su íntima el desinteresado homenaje de sus besos, allí, allí mismo donde Ivó más puede agradecerlo...

Libres las dos mujeres, por último, del goliath dormido en su embriaguez y en su dulce derrota, Ivó y Ara, más a sus anchas, se entregan a los suaves goces de la amistad inconfesable; la amistad que da a las hembras el deleite sin la colaboración del varón...

Antes de media noche el matrimonio francés y su amiga regresan a la ciudad de la Gracia, después de su excursión familiar a San Juan de Aznalfarache.

V

La corrida de inauguración de la temporada en la Maestranza, de Sevilla, el domingo de Resurrección, ha producido dos efectos: uno de todos sabido, por la Prensa, por las con-

versaciones, por las disputas y reyertas en que frecuentemente terminan en la ciudad las discusiones sobre los respectivos méritos de los ídolos populares. Juan Palomo, toreando mano a mano con Escacena, ha conseguido que, por aclamación, se le otorguen las dos orejas del sexto toro, al que ha hecho "una faena de glándula de mono", para decirlo con la expresión superlativa de "Don Mendo", el "as" de los revisteros taurinos. Este nuevo triunfo de "el hijo predilecto de la Virgen de la Esperanza"—como saluda otro crítico a Juan Palomo—ha desatado las pasiones. Ya estamos a mediados de mayo y todavía es mecha de toda polémica en el reino —que tiene por más de una razón en el mapa la forma de una piel de toro extendida—"el baño" que el "niño" macareno dió en la corrida de Pascua de Sevilla al "niño del Gran Poder". El otro efecto, nada divulgado, de ese "baño" ha sido la reacción de Araceli en favor de su querido—esto es, de su dinero—para extremar sus artes de seducción sin titubeos. Hay que resistir el asedio de Juan Palomo, cada día más encalabrinado, hasta que Ivonne ordene la caída, que será—si no se interpone la Fatalidad—la víspera de la gran corrida que decide la suerte de los primeros espadas para la temporada siguiente: la de la Oreja de Oro.

La francesa no deja a sol ni a sombra a Araceli; no las tiene todas consigo respecto a la entereza de ésta, a pesar de sus juramentos y protestas de fidelidad a lo pactado. Pero... no sólo hace falta alimentar la llama del capricho en Juan Palomo, sino que es necesario también, para que "el sacrificio" de Araceli no resulte estéril, administrar las energías de Rafael; si éste, que es lo que se llama comúnmente "una bala perdía", no está el día supremo todo lo entero que hace falta, será muy posible que, aun agotado, Juan Palomo le gane la partida definitiva.

Todo el invierno y la primavera, Araceli—Ivonne, mejor diríamos—ha dejado al torero del barrio de San Lorenzo gozar libremente el tren de vida disipada a que, casi sin excepción, vive entregado Rafael, más mujeriego que su paisano Tenorio y más... amoroso que su mismísima Araceli. Esto no puede continuar; hay que someterlo a cierto régimen. Y con este fin, la primera vez que Escacena pasa dos días en Sevilla, su mujer—aleccionada por la maestra de toda la comedia—le arma el primer escándalo por sus infidelidades (de las que tiene detallada noticia por sus espías); le llora, le rechaza, le amenaza con la separación, con la vivisección... Finalmente, se le entrega, más voluptuosamente que nunca, y al despedirle para nuevas corridas le confiesa que va a tener un hijo, le pide más cordura para lo sucesivo "por el hijo" que espera y le hace ir a la capilla del Señor del Gran Poder a jurar ante éste que "no volverá más a meterse en harina". Después de este acto—que para Escacena tiene más fuerza moral que un contrato taurino—, es casi segura la continencia del torero por esas ciudades de Dios adonde le llevan sus andanzas, su afán de gloria y su ambición de dinero.

No obstante, Ivonne adosa al matador dos centinelas de vista, muy adictos a las dos mujeres: un peón de brega, que ha predicado siempre a Rafael contra sus suicidas dispendios amatorios, y el mozo de estoques, ex sacristán amadamado, que por temperamento, casi "por naturaleza", es particularmente propenso a la delación, la intriga y el enredo femeninos.

Mientras que Rafael Escacena, lejos o cerca de Sevilla, lleva una vida casi de eremita o guerrero espartano en virtud del nuevo plan, Juan Palomo sigue de coronilla por las dos mujeres. Por las dos, porque cuando más estrecha el cer-

co a Araceli, ésta, para darle largas al asunto de su rendición, se le disculpa con la terrible vigilancia de la francesa.

—Conquístala, rey—le ha dicho por la reja una madrugada—; a ver si así se cansa de tenerme encerrada, a ver si me deja y soy tuya, nada más que tuya...

Y, claro está, Juan Palomo—que, por otra parte, no ha menester de incentivos para desear locamente poseer a Ivonne—va, emperrado, desesperado, desorbitado por esta doble atracción y esta repulsa doble, de Herodes a Pilatos, o lo que es igual, de la gachonería hospitalaria de Ara a la atracción abismática de Ivó... Comprende "el seductor" que cada una de ellas es clave para lograr a la otra: si rinde a la andaluza, la francesa—lo ha prometido—se le entregará; pero, mejor aún, si hace suya a ésta, la otra, que es—claramente lo ve Palomo—un juguete de Ivonne, hará lo que ésta le ordene... Ya vislumbra en un porvenir no lejano el día en que, acaso las dos hembras estupendas toreen con él al alimón, en un mismo lecho, ese toro difícil de la soñada entrega...

No sueña menos que él con dar cima a sus planes—de uno u otro modo—Araceli. ¡Siempre junto al fuego, deseando abrasarse en sus brazos de llama y sin gozar más lenitivo que las noches, espaciadísimas, que Rafael le dedica, o los consuelos incompletos, aunque sabrosos, que en las tardes primaverales de su casa de Santa Clara, Ivonne le prodiga...

—Calla, espera, ten paciencia, que ya falta menos—le dice su amiga cuando ella le descubre su desasosiego y su desconfianza del éxito—. Me he prometido salvarte, derrotar a Juan Palomo, y lo conseguiré, aunque sea a tu pesar. Ahora, seriecita, que esta tarde he venido a estudiar fechas y contratos. Si no me fallan las precauciones que he tomado, sabré antes que los propios apoderados de Rafael y de Juan, la fecha exacta en que debe celebrarse la gran corrida.

—¿Y tan importante es saber eso?—pregunta la ingenua de Araceli.

—¡Claro, pequeña! Como que apenas lo sepa, desarrollaré toda mi política respecto a Palomo en el sentido de engolosinarle—con tu ayuda, claro está—para que la víspera de la corrida de Madrid esté aquí, a "nuestro lado"...

—Ya entiendo. Pero... ¿y si tiene esa víspera comprometida en otro sitio?

—Pues tendremos que jugar el todo por el todo. Te vienes a casa el día antes, y, en vez de volverte aquí, bajo la tutela de don Pacorro, te llevo yo en mi *auto,* volando, volando, hasta donde esté Juan. El triunfo consiste en que sea nuestro, para deshacerlo, precisamente "esa víspera".

—¡Cuánto te quiero, chiquilla! ¡Todo lo tienes en cuenta!

—Por ti, nada más que por ti, vidita. Anda, vamos al despacho de tu marido.

VI

"El sexto—ya se sabe, aunque bueno será recordarlo, pues parece que se va olvidando en el mundo—es no fornicar"; y, por lo tanto, en este capítulo VI no debiera haber fornicio. Pero... estamos en pleno verano, y en Sevilla, y entre seres que no desean otra cosa, y es, además, cuando este capítulo VI comienza, quince de julio, víspera del día de Nuestra Señora del Carmen, gloriosa festividad española acordada por la Asociación de la Prensa de Madrid para celebrar su anual corrida extraordinaria.

No ha tenido Ivonne que recurrir para el encuentro de Araceli con Juan Palomo al heroico remedio de que su amiga quebrantase la clausura mahometana en que vive y saliese

de Sevilla en busca de aquél. Juan Palomo se ha visto forzado a pasar, convaleciendo de un puntazo, ocho días en la patria chica. No hay que decir que durante esa octava, Araceli, vigiladísima de cerca por Ivonne, ha extremado su ternura prometedora con el espada macareno. "Hoy, mañana, pasado", cada noche, por la reja, la andaluza ha prometido al torero ser, por fin, completamente suya al día siguiente... Las circunstancias malditas lo han demorado un día y otro; pero...

—Te juro que sí, vida mía—le ha dicho por entre los hierros durante la última "pava" delictuosa Araceli a Palomo—. Mañana, mañana es nuestro día grande.

—Es que si mañana no te entregas—ha respondido Juan, temblorosa la voz, con el rencor erótico del hombre que aguarda ya mucho tiempo el logro de sus ansias—, no sé cuándo vas a ser mía. Mañana por la noche salgo para Madrid en el exprés... Tú verás. Ahora, que me voy a vengar de ti bien...

—No, tonto; si lo dices por la Oreja de Oro, ¿a mí qué me importa? ¡Con tal de haber sido tuya!

—Pero ¿de verdad me quieres? ¿De verdad?

Y luego, poniéndose sentimental como todo animal que siente un venéreo acuciamiento:

—¿Ibas a vivir tranquila si pasado mañana me mataba un toro por no haber querido ser mía? ¡Me tienes loco, gitábana! ¡Loco!...

—¡Yo sí que estoy loca! Mañana, rey, soy tuya. Me moriría de pena si no te daba lo único que yo puedo darte, mi cuerpo, después de haber estado tú, mi rey, malito.

—¿Por qué no me abres ahora? Anda...

—Tiene la llave Ivó...

—¿Y si yo subiese por el balcón, ahora que no pasa nadie?

—¡Quítate de la chola ese mal pensamiento, arrastrao! Pacorro duerme con un ojo abierto, como las liebres.

—Es que mañana... va a pasar lo mismo. Peor, porque de día...

—Cuando yo te digo que no te preocupes... Tú ven mañana, a las dos en punto, y déjame a mí lo demás. Ni Robledo, ni don Pacorro están aquí mañana. ¿A qué hora tomas el tren? ¿A las ocho?

—Sí, negra.

—Pues... desde las dos a las... siete vamos a tener tiempo de matarnos queriéndonos... Ahora, vete, vidita, que es muy tarde. Pero ¡cuidadito con irte de juerga! ¡Mira que soy celosa!...

* * *

Estamos ya en el gran día. Para una enorme masa de españoles el gran día es mañana, cuando Rafael Escacena y Juan Palomo diriman frente a frente, en el coso madrileño, el pleito apasionante que divide la opinión nacional en dos bandos irreconciliables: el de los rafaelistas—cada vez menos numeroso—y el de los macarenistas—en creciente auge desde la tarde inolvidable ya de la Maestranza—. Pero para nosotros—lectores exquisitos de otras contiendas más suaves y gratas y recatadas—el gran día es este 15 de julio, en que Araceli va a entregarse a Juan Palomo.

Es mediodía y todo está ya preparado. Los planes de Ivonne se desarrollan perfectamente. Hasta el azar y los elementos se han confabulado en favor de las dos mujeres para que den eficazmente el golpe durante tantos meses elaborado.

Rafael ha telegrafiado por la mañana desde la frontera fran cesa—ha toreado el día catorce en Nimes para contribuir a festejar el aniversario de la toma de la Bastilla—, y no hay, pues, el temor de que aparezca en escena, como tantos hombres burlados, en el momento más inoportuno. Rafael Escacena va camino de Madrid, en espera del día en que ha de decidirse su fama, hoy en entredicho. Ha amanecido Sevilla bajo un cielo radiante, azul, azul hasta cegar. El que en este día regatee esfuerzos a las batallas del tálamo es que no tiene en las venas sangre que ofrecer al amor en la ciudad del goce... Robledo, la criada jabugueña y el viejo don Pacorro han salido de la casa de la calle de Santa Clara, apenas convencido el cancerbero de que, en efecto, "la señorita Araceli" está en buenas manos. "A él, tan corrido, no se la da naide." Y "no dársela naide", en lo tocante a vigilar la fidelidad de Araceli, es ver que va a pasarse ésta las horas con "don Denis" y la señora de Tharbes. Para que se vaya sin recelos, Araceli le ha dicho bien temprano:

—Si quiere usted, puede irse esta tarde a ver la novillada. Comen aquí la señorita Ivonne y su marido. Y tú, Robledo, como le tienes horror a la comida francesa, puedes largarte también; hoy va a preparar el almuerzo la señorita Ivonne...

—¿Sabe usté lo que me s'ocurre?—ha interrumpido el viejo zorro, cayendo en la trampa—. Pues que en cuanto y que lleguen los señores, me las piro. A mí tampoco me j'hase mardita la grasia comeslo to con mantequilla. Así que si usté, señorita, no se enfada, voy a pasarme un día como los de mis buenos tiempos. En "Casa de la Viuda" hay unos caracoles y un menudo que quitan las penas. Yo también almuerzo fuera de casa. Y luego, a la novillá; que como Rafaé m'ha dejao al cuido de su viña, no pesco una corría desde hase un siglo.

A las once, cuando monsieur y madame de Tharbes irrumpen en la casa, Robledo vuela a pasar el día con su familia, y don Pacorro, jacarandoso y pinturero como en las tardes del Guerra y Mazzantini, sale, a pasito lento, apoyado en su bastón de caña, a comerse unos callos en "Casa de la Viuda" y a recordar los principios novilleriles de Reverte en la novillada de esta tarde.

La diligencia de Ivonne—a quien Araceli sirve de pinche—es prodigiosa. En menos de dos horas todo está a punto: Araceli recién bañana, perfumada y macerada como la bíblica Esther, y la comida en la mesa.

Un cuarto de hora—el tiempo exacto que se invierte en perder a una mujer—ha empleado la francesa en el baño de su amiga. Después de bañada le ha impregnado el cuerpo de una suave pomada de claveles y clavo, que da a la carne blanca y fría—de hembra fogosa—de la andaluza un sabor ardiente y olor lujurioso irresistibles; luego le ha perfumado la nuca con esencia de rosas; las axilas, con un aroma de nardos muy intenso; en la vertiente roja del sexo no le ha puesto nada. ¿Qué olor podría competir con el *odor di femina*—frescor de gruta submarina...—de un sexo recién lavado con agua clara? Finalmente, la ha vestido con el mismo primor que a una muñeca: una camisa de crespón naranja, en el que destaque la piel trigueña; unas medias altas, malvas, que den la ilusión, durante los besos humildes que preceden a los besos inconfesables, de estar besando una pierna de seda, suave, brillante, resbaladiza... Araceli se ha echado por encima una bata verde, de un verde pámpano de vid, que, al ceñírselo al busto espléndido y jarifo, hácela aparecer como una gran copa de menta e incita a beberla sorbo a sorbo hasta caer muerto en su embriaguez divina... La propia Ivonne, que tan bien sabe dominarse, ha tenido que hacer un superior

esfuerzo para no rendirse a las solicitaciones gimientes de Araceli, que, al sentirse sobada y resobada durante la maceración deleitosa, ha pedido un poquitín de guerra..., como un animalito amaestrado que gulusmea un terrón de azúcar para hacer con tino un ejercicio acrobático.

A las doce y media las dos amigas y el agente de Aduanas están sentados a la mesa, ante un magnífico almuerzo, en el que no se sabe qué admirar más: si la graciosa y leve suculencia de los platos franceses, o la picardía que ha pesidido en el *menu* para hacer de cada bocado un incentivo a la consumación de la cópula... Sobre todo, los entremeses y los vinos, y licores están administrados de mano maestra... "El monstruo"—como llama Ivonne a su esposo—ha bebido copiosamente. Y, como siempre, el gran glotón está, antes de llegar a los postres, "farruco por completo". Araceli se ha levantado para preparar el café y dejar al monstruo a solas frente a los labios vampiros de la francesa. Cuando vuelve, "ya todo ha concluído"; esto es, monsicur Denis de Tharbes, por boca de su mujer, ha dado un paso más hacia los campos elíseos del placer, camino de la muerte... Entre las dos hembras, no sin gran esfuerzo, le trasladan a un camastro, en el fondo de la casa. Antes de dejarle encerrado bajo llave, Ivonne, precavida, le hace ingerir, dormido como un tronco, un largo trago de coñac, "que basta", como dicen los revisteros, de ese pinchazo final que acaba con el toro muy estoqueado.

Ya libres, al fin, las dos mujeres, Ivonne inspecciona la *mise en scène* de la alcoba que va a ser, inmediatamente, "teatro de la guerra". Varios días ha invertido en prepararlo todo sin descuidar un solo detalle; y al fin se halla satisfecha de su obra: no falta el menor aliciente decorativo para la comisión del divino delito que va a perpetrarse. La cámara



ha perdido el aspecto nupcial, de nupcias religiosas, que desde su instalación le había dado Araceli. Antes todo eran rasos azules, encajes blancos, hornacinas devotas, unas para el Niño Jesús y para el Señor del Gran Poder... Las paredes, los huecos del balcón y las puertas, el pavimento estaban recubiertos de blanco y azul, como el camarín de una virgen, o más bien como las carrozas de las romerías andaluzas y las casetas de las buñoleras gitanas en los feriales de Sevilla y de Córdoba. Todo esto ha cambiado. Decoran los muros retratos de Araceli y una hermosa reproducción de la Danäe ticianesca. El balcón, entornadas sus puertas, tamiza la luz de la calle—verde a través de la persiana—en el tur rojo de un ampuloso estor. Cubre el suelo una esterilla estival, de un verde lujuriante de pradera. La cómoda antigua ha sido sustituída por un trinchero; las urnas, por esbeltas botellas, donde rutilan, esperando, traidores, su momento, los vinos más generosos del mundo..., que siempre resultan los más caros. El olor confuso de incienso y pachulí, desterrado, deja el ámbito del dormitorio a un aroma sutil e indefinible, pero mucho más penetrante que los perfumes fuertes...

La francesa hace sus últimas recomendaciones magistrales a la víctima propiciatoria...

—Sobre todo, vidita—le dice como remate de su lección cien veces repetida estos días—, no te entregues en absoluto al primero, ni al segundo, ni al tercer asalto. Has de irle venciendo por etapas; a cada nuevo descubrimiento que haga cobrará nuevos bríos y le parecerá que no te ha poseído..., única manera de que un hombre, sacando fuerzas de flaqueza, desee poseerte otra vez, y otra, y siempre... Ahora, ya sabes. No pienses que estoy yo aquí, vigilando en la sombra tu triunfo. Anda, baja a esperarle. Y ¡ánimo! Se trata de jugarte la gran carta de tu vida: dos o tres años más que Rafael sea el primero, y estáis salvados. ¿Recuerdas, hermana, vida, reina, las veces que nos teníamos que entregar a un cualquiera por unos francos?...

Araceli, antes de bajar hacia el patio serrallesco, se santigua maquinalmente. Luego da un beso en plena boca a su amiga y empieza a descender los frescos escalones de mármol.

* * *

En el fuego de la tarde de julio, la campana de la torre de San Lorenzo derrite dos campanadas somnolientas y graves. Rechina imperceptiblemente casi la puerta de la calle en la casa de Araceli, y Juan Palomo penetra pando y cauteloso en el zaguán. Para evitar que Araceli tenga que abandonar la graciosa indolencia con que se mece en su mecedora, la mano de Ivonne, desde la planta alta, franquea, misteriosa, la cancela a Juan Palomo. El hombre entra, a pasos quedos, tembloroso como un ladrón—¡él, que ni temió a los toros ni a los hombres!—, en el fresco patio moro, hondo y tranquilo como un oasis de aplaciente penumbra en el desierto rojo de la ciudad hirviente bajo la lenta llamarada del verano...

—¡Araceli!—suspira.

Avanza, y tras el biombo, decorado por Romero de Torres, descubre, al fin, el tesoro, la carne, "la celeste carne de la mujer" que ha deseado tanto. Araceli se le aparece dormida, caída hacia atrás la cabeza, la garganta en un dulce reto irresistible, los pechos casi a punto de estallar como dos magnolias por la entreabierta bata, que finge en sus pliegues verdes las anchas hojas de la magnolia sensual... El torero no osa despertarla; un instante, llevándose las manos al pecho para contener su aliento fatigoso de macho en celo, la

contempla, estupefacto. ¡Es hermosa, hermosa y atrayente, como un fruto prohibido! Y ¡es suya, va a ser suya en cuanto él lo quiera!...

Araceli se ha trasvolado efectivamente. Ella, como el poeta, "duerme, cuando no ama, a cualquier hora". Juan no quiere despertarla; pero desea besar lentamente, a su placer, el divino cuerpo de la hembra: acerca los labios resecos al pecho, en busca de los frescos fresones dormidos... Al cosquilleo de su boca, Araceli abre los ojos cara al cielo. Cuando va a hablar, Ivonne, desde la galería alta, en un gesto, que ella comprende en seguida, le aconseja que finja aún dormir. Los anchos párpados de la mora andaluza vuelven a correr sobre las pupilas inmensas las curvas persianas de las pestañas negras. Para mejor imitar el gran abandono de un sueño profundo, Araceli exhala de sí un hondo suspiro y se arrellana en la mecedora más cómodamente todavía... A este movimiento, la bata acaba de abrírsele para ofrecer a las miradas ansiosas del torero algo más maravilloso y atrayente que un cuerpo de mujer desnudo: un montículo negro apenas entrevisto a través de la finísima seda de la camisa naranja y unos muslos que sólo dejan ver una mínima parte de su plenitud graciosa entre el filo de la media tirante y la fimbria de la camisa arrollada en la falda de aquel negro montecillo semioculto y semidescubierto...

Cuando Juan Palomo ha besado, primero amorosamente, nerviosa, apasionada, atropelladamente después, una y cien veces, los pechos desafiadores, el vientre palpitante, los muslos, las piernas, el velado sexo, que ya empieza a estremecerse...; cuando sólo falta el trámite último para que el cuerpo —al rojo, palpitante—del varón caiga sobre el de Araceli en busca de la posesión completa, la hembra—que ya tampoco puede resistirse más—simula como que se ha despertado al grato contacto, y, apoderándose de la cabeza de Juan, le aparta de la otra boca ardiente para ofrecerle la húmeda boca anhelosa en un largo beso.

—¡Ven aquí, rey, cielo! ¿Cuándo has entrado? ¡Tenía un ansia de verte!...

—¡Y yo, gloria! ¡Y yo!

El beso, brutal, impetuoso, larguísimo, y, al final, suave, suave hasta dejarlos lánguidamente mudos el uno junto al otro, no aplaca, sin embargo, el deseo que quema la sangre en las venas de Juan Palomo, sino que lo centuplica, al propio tiempo que desarma a Araceli de toda la serenidad de que ha querido revestirse para luchar con ventaja esta tarde... Cuando allí mismo, en la mecedora, va a ofrecerse al... volapié con el que el diestro quiere dar remate a la voluptuosa agonía de ambos, la francesa, a espaldas de éste, muestra desde el rellano de la escalera a Araceli, destacando sobre un fondo de rojo terciopelo con marco de plata, la Oreja de Oro que ganó Rafael en los tiempos en que Juan Palomo no le arrebataba aún la gloria y el dinero...

—No, Juan, no... Vamos a mi cuarto; allí, tranquilamente... Quiero ser tuya del todo y que tú seas mío también por completo... Anda; aquí, no.

* * *

Ya arriba, en el comedor, Araceli se siente más dueña de sí. Escancia una, dos, hasta cuatro copas de Jerez, y abrazada al hombre, incrustado su cuerpo jarifo y ebúrneo en el de él, trasiega el áureo néctar, sorbo a sorbo, para destilarlo, sorbo a sorbo también, por entre los dientes de Juan... No quiere ella sino excitarle, retardando cuanto puede la cópula, para que cuando ésta se haya consumado, estén todavía des-

conocidos, ingozados los encantos de su intimidad por el hombre que se sentirá vencido, gozado, pero aun no satisfechos sus sentidos con la posesión plena.

Y así sucede, por ventura. En el borde del lecho, vestidos él y ella, sin que Araceli pueda hacer otra cosa que iniciar el intenso viaje, Juan Palomo, en un estertor rápido y violento, da la primera caída en el *via crucis* del placer ideado por Ivonne para redención de la fama taurina de Rafael Escacena...

Besos, muchos besos, todos los besos que los hombres prodigan como reparación ineficaz cuando saben que la mujer que se les entregó no ha recibido a cambio de la entrega el óbolo de goce que se le había prometido para rendirla...

Inopinadamente, la andaluza da un salto de la cama, se despoja de la bata y vuelve a caer en el lecho, esta vez sobre el cuerpo yacente de Juan.

—¡Así, gitano! ¡Así quería yo ser tuya!... ¡Tómame, rey, que te deseo desde hace un siglo, desde que te conozco, y... aún no sé lo que es gozar de ti!...

¡Tienen tal poder las palabras ardientes de una mujer que pide guerra! El varón vuelve a sentir en su entraña la ansiedad suprema, acuciada ahora por la contemplación de la semidesnudez de la hembra que se restriega, salvajemente, contra su masculinidad otra vez despierta. Intenta él desnudarse, despojar de la camisa a Araceli, ir hacia un contacto completo de las carnes encendidas por la lujuria; pero ahora es Araceli la que no quiere, la que no puede demorar la deliciosa consumación del acto. Prende su boca en la de él, en un mordisco rabioso, y apenas se siente penetrada por el estoque másculo—para decirlo de un modo casi taurino—, comienza a agitarse suave, acompasadamente, en torno a la prenda viril que la hace dichosa.

—¡Sigue, sigue así, bien mío!... ¡Despacito, despacito!... ¡Así..., así!... ¡Qué feliz me haces! ¡Nunca he sido tan feliz, rey!...

En estos instantes también Juan cree que nunca ha sido tan feliz como ahora. Sigue "así", despacito, como ella le pide, y lentamente, intensamente, como sangra una vena punzada, el deleite recorre, hondo y reposado, el cuerpo de Juan Palomo al tiempo que una jocunda alegría—que estalla en gritos jubilosos—irrumpe por todo el cuerpo de Araceli al advenimiento del goce...

Quedan ambos transidos, mudos, inermes; unidos en un estrecho abrazo, juntas las bocas, los párpados cerrados. Las tres de la tarde, en la campana de San Lorenzo, bajo el bochorno de la siesta, llega a sus oídos como entre sueños... A poco, Juan y Araceli se han dormido.

La directora de escena, Ivonne, comprende cuán providencial es este elemento de reposo, con el que no había contado, para que la jornada dé tanto fruto amoroso como habrían dado dos sesiones en sendos días... Y desde la sombra, sentada en una calzadora del cuarto-tocador, cela el sueño reparador de los amantes. Vencida ya la cuarta hora de esta venturosa tarde, se acerca con sigilo a su amiga y la despierta suavemente. Por señas le da a entender que el tiempo vuela y que aún no se ha pasado de la primera mitad de la jornada; luego se retira tácita, como entrara.

Con toda levidad, la andaluza comienza a desnudar el cuerpo descuidado del matador de toros. Y, tierna, suave, mimosa, va besándolo en todas partes: en el velludo pecho, en la cintura, en el dormido príapo y sus alrededores boscosos... A estos escarceos, y antes de que el hombre despierte, cobra ánimos su arma de combate. Empúñala la mujer y se abre con ella de nuevo la incruenta herida fragante e insaciable.

—¿Otra vez, rica?—pregunta Juan Palomo despertando.

—Sí, otra vez... ¡Dios sabe cuándo volveré a tenerte así, mío, todo tú mío!... ¡Y me gustas tanto! ¡Te he deseado tanto!... ¿Por qué no te desnudas del todo?

El hombre se desnuda a medias e intenta tenderse de nuevo.

—No; desnúdate del todo; quiero verte desnudo por completo. Así serás más mío...

Cuando, por fin, se muestra Juan en la desnudez adánica pedida por Araceli, ésta, después de contemplarle con expresión deleitada, después de envolverle en la caricia larga e irresistible de sus ojos entornados, se arroja sobre él, en un fingido rapto de locura erótica, y le besa, le mordisquea, le lame la piel con lagotería canina, mientras los dedos le recorren una escala de contactos que van desde el roce suavísimo hasta el zarpazo salvaje de la fiera. La hombría de Juan es como una llama; el frenesí de Araceli, como un viento huracanado que excita hasta el paroxismo su fuego... Finalmente, la poderosa jaca queda clavada en la encendida espuela. Y casi al mismo tiempo, la lanza varonil, que había llegado al límite de su tensión, da vado a su leva caliente. El hombre está rígido, quieto, exhausto... No importa; Araceli, con más ardor, con desesperado brío, no quiere darse por vencida, y persiste; sus caderas giran, convulsas; respira atrafagada, agónica; ruge, gime, suplica; desprecia, impreca, ríe, suspira...

—¡Juan, Juan mío!... ¡No me hagas sufrir! ¡Mátame, mátame, pero hazme gozar, que me muero, que me has vuelto loca!... ¿Qué tienes, que me haces tan dichosa? ¡Nunca, te lo juro, nunca, nunca he sentido esto que siento!... ¡Sigue, sigue, por Dios; por tu madre!...

Y le besa, le muerde, le hunde la mirada en los ojos fijos, desorbitados; y la lengua, en la boca jadeante... Juan Palomo, a este ataque furioso, recobra todas sus energías, halagado cerebralmente por el deseo de la hembra, fustigada su sensibilidad, ahita por la pasión de Araceli. No puede, materialmente no puede enderezar el entuerto que las tres hazañas anteriores le han hecho; pero desea con todas sus potencias volitivas continuar la lucha, y lo consigue en un supremo esfuerzo. Es una cópula monstruosa por lo apretada, por lo intensa, por lo dilatada... Al final, que es simultáneo para ambos protagonistas, los dos quédanse tendidos, en una postura inverosímil, como un amasijo de carnes sudorosas, trepidantes aún, espumeantes las bocas, las pupilas estrábicas, los miembros lasos.

* * *

—¡Mosquetas, nardos y... jazmines!... ¡A las buenas plantas de sombra!...

El pregón del florero arrastra su lánguida tonada perezosa de canto llano por la amplitud blanca y silenciosa de la ancha calle de Santa Clara, y, al filtrarse por el entornado balcón del dormitorio, trae a Araceli a la realidad del tiempo que huye. "¡Si pudiese conseguir—piensa—que Juan Palomo volviese dos, tres..., cuatro veces a la carga!" Todavía tiene ella armas que no ha utilizado en la liza; aun lleva puesta la camisa de crespón naranja; aun no han merendado; aun no le ha tonificado con un baño...; aun no ha recurrido a las caricias decisivas—las inconfesables—de su boca...

La querida de Escacena invita a merendar al rival de éste. Durante unos minutos comen y beben de lo lindo. (¡Bien se lo han ganado!) Después, Araceli propone:

—¿Y si nos bañásemos ahora mismito? Quiero hacer contigo la última locura, nene...

En el baño, por fin, el diestro ve en toda su hermosura la desnudez de su Ara. Sus ojos están de nuevo maravillados: ¡Qué nuca! ¡Qué espalda! ¡Qué línea la de sus flancos! ¡Qué curvas! ¡Qué grupa! ¡Qué tersura de vientre! ¡Qué firmeza de piernas! ¡Qué arranque el de sus pechos gallardos! Esta no es la graciosa picardía del cuerpo que él ha gozado envuelto en la leve espuma cálida de la camisa, ni estas piernas son las mismas que se han enlazado a su lomo enfundadas en la brillantez malva de las medias. Ahora tiene ante sí a una belleza más serena, más plena, a una belleza distinta y, por lo tanto, más excitante que la belleza ya poseída...

Vuelven al lecho. Juan Palomo busca en silencio el reducto donde espetar por quinta vez su pabellón, que quiere dejar bien puesto en esta tarde inolvidable.

—No, rey; ya no más... No podrás. ¿Tú sabes? Si yo misma, aunque te deseo más que nunca, no puedo ya con mi alma...

Tanto como el impúdico ruego anhelante de una hembra, si es oportuno, espolea la lujuria viril una repulsa o una palabra de piedad a tiempo.

—¿Que no puedo? ¡Si todavía no hemos empezado, chiquilla!—alardea encrespado y jovial el torero.

—Soy yo la que no puede ya, bien mío...

—¿A que sí? ¿A que te despierto? Toma, toma, gitanaza...

Recomienza el inmortal combate, mimosamente esquiva la hembra, acometedor y jactancioso el macho... A pesar de esto es el hombre quien primero depone la actitud belicosa, saciado, tras laboriosa lid, el retoñar de su deseo. Mas Araceli, a quien las grandes pupilas nadan en cárdenas ojeras, insiste sobre el cuerpo, de nuevo inerme, de Juan, entre besos, estremecimientos y manotazos:

—¿Ves cómo no me puedes? Me has vuelto a excitar y... ahora me dejas así, loca de deseo...

El silencio ocioso con que Juan, en cruz sobre la cama, responde a estos reproches, hace a Araceli apelar al recurso máximo, al que rara vez se resiste un varón por agotado que se halle si no es cuando la impotencia fisiológica le ha clavado definitivamente su garra. Es una tarea paciente, tenaz, recalcitrante la que emprenden la lengua de Araceli, sus labios, sus encías, su rostro entero, contra la desmantelada fortaleza rendida. En la atrafagada labor, el femenino cuerpo ha girado en torno al arma inútil de Palomo, y ahora, mientras trata de hacerla revivir con la lenta caricia mojada, ofrece la rosa negra de su sexo a la boca hastiada del hombre. Poco a poco éste se siente invadido de una angustia, de una confusa ansiedad dantesca por recobrar sus perdidos bríos... Seguros casi de que no van a lograr ya nada, ambos acometen un galop final increíble, como dos reptiles desvertebrados que se esforzaran terriblemente contumaces en erguirse sobre su propia condición para transformarse en seres alados y volar. Boca contra sexo y sexo contra boca, Juan y Araceli se debaten un largo momento, en una mutua comunión demoníaca de la carne delirante que busca un más allá de voluptuosa tortura. Por último, un débil espasmo simultáneo anuncia a los dos combatientes que el deliquio supremo—e inesperado—ha derretido las células más recónditas de sus medulas.

* * *

Apenas Juan Palomo se ha marchado—precipitadamente, pues ha visto con terror que su reloj marca las siete menos cuarto—, Ivonne, vestida ya de calle, dispuesta a salir también, reaparece en escena, radiante.

—¡Has sido una mujer! Si tu marido no ha caído hoy en una trampa como ésta, cosa que dificulto, pues no se dan todos los días casos semejantes, mañana es suya la dichosa Oreja que te ha hecho trabajar tanto. Ahora entro yo, vidita. Voy a llevarme en el *auto,* que llegará a las siete en punto, al elefante, y luego, vuelo a alcanzar el expreso.

—¿Cómo? ¿Te vas tú también?

—¡Claro, tontuela! Prometí a ese infeliz de Palomo ser suya apenas tú cayeses, y... quiero cumplirle mi palabra. Tengo ya tomado el billete y reservado un camarote contiguo al suyo en el tren.

—Pero... si va deshecho. Si no podrá ni con la fe de bautismo...

—¿Crees que a mí se me resiste un hombre? ¿Y sobre todo cuando lo hago por ti, por darle la puntilla que lo aniquile y haga que la alegría vuelva a tu carita de virgen sevillana? ¿Te acuerdas de lo que te prometí una tarde? Pues ya ves que te quiero y que no la olvido. Mi viaje te va a asegurar la temporada de España y la de América... Ya está ahí mi *auto. —Denis!... Allons nous en!...*—Adiós, sultana, adiós. Mañana a media tarde te hablaré desde Madrid por teléfono. Duerme tranquila..., descansa, que yo velaré por ti esta noche.

VII

CONFERENCIA TELEFÓNICA INTERURBANA

—¡Madrid!

—¡Sevilla!

.....

—¡Vidita! ¿Has descansado?...—Yo, sí..., en sus brazos hasta Aranjuez.—Lo cacé en el vagón-*restaurant.* Parecía un muerto. Pero como es tan vanidoso y yo me presenté más guapa que nunca, se me rindió. Creo que, sobre todo porque le vieran salir del brazo conmigo.—Sí, en su camarote casi todo el tiempo. Ya sabes tú cómo hago yo estas comedias. Una escena de celos, y luego el suplicarle quedarme con él toda la noche..., "aunque no hiciéramos nada". Después...—Eres muy curiosa.—Se va a fundir el cable.—Sí, sí, dos veces... No me habías tú dejado apenas nada.—La primera, natural, como todo el mundo.—"La segunda, en la boca...", ya al despedirnos. No pudo resistírseme.—¡No, no, riquina; esta boca es sólo para ti! Para ti también ha sido esta madrugada...—Sí, voy a verlos torear a los dos.—¿El tuyo? ¡Tan campante! Dice que se ha llevado durmiendo doce horas.—Ahora se estará vistiendo para ir a la plaza.—Adiós, adiós.

VIII

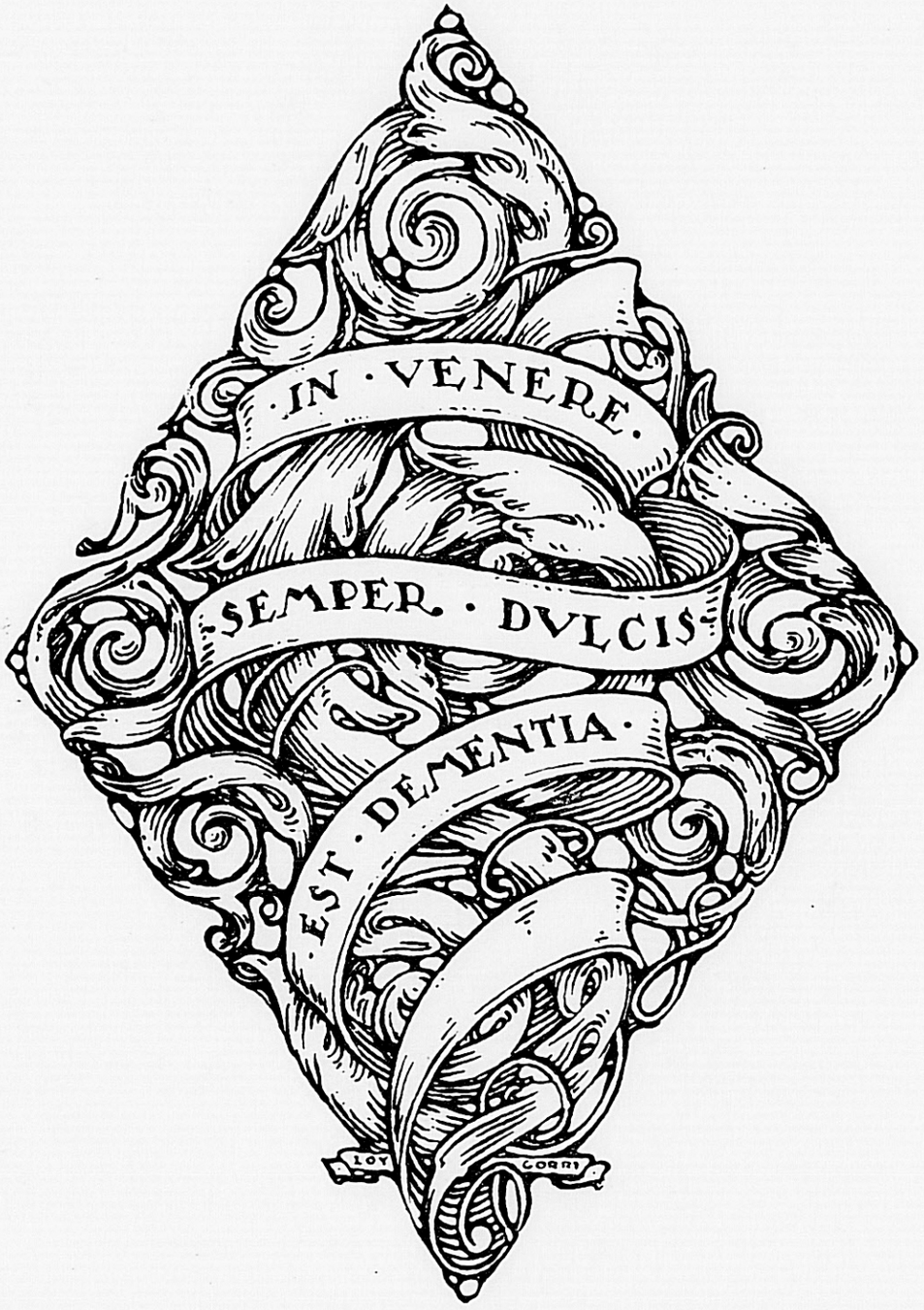
TELEGRAMA DE PRENSA

Sexto.—Jabonero, "Presidente", muchas arrobas, 666. (Seis varas, seis caídas y seis caballo para el arrastre.) Quites rivalizan Juan, Rafael. Palomo tres pares quebrando pro-

pias astas. (Ovación.) Brinda dama francesa *Ivonne*. Muletea solo, escasísimas facultades, muchísimo valor. Pases todas marcas. Sobresalen tres de pecho ligadísimos; dos, rodillas en tierra; escalofrío multitud. Parecía clavado arena, inmóvil. Endeblísimo como nunca, pelele trágico, mata una estocada recibiendo; dos minutos cronometrados sobre morrillo toro, rodando sin puntilla. (Ovacionaza, orejas, tres vueltas ruedo. Delirio. Vivas Virgen Esperanza. Juan primero sale hombros puerta Alcalá.) Opinión unánime concederá Oreja de Oro mejor faena su vida taurina.— CORRESPONSAL.



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL


IN · VENERE ·
SEMPER · DVLCIS
EST · DEMENTIA ·
LOT
CORRI